

Lazarillo de Tormes

Edición de Antonio Rey Hazas



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2000
Segunda edición: 2015
Cuarta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Juan Manuel Sanz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la edición: Antonio Rey Hazas, 2000
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2000, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-184-9
Depósito legal: M. 28.687-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, por Antonio Rey Hazas
- 55 Criterios de la edición
- 62 Bibliografía selecta

La vida de Lazarillo de Tormes

- 67 Prólogo
- 71 Tratado primero
- 93 Tratado segundo
- 111 Tratado tercero
- 140 Tratado cuarto
- 142 Tratado quinto
- 151 Tratado sexto
- 153 Tratado séptimo

Apéndices y documentos

- 161 1. Interpolaciones de la edición de Alcalá de Henares (1554)
- 168 2. Textos del Siglo de Oro relacionables con el *Lazarillo*.
- 180 3. Valoraciones críticas

Introducción

La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades se publicó en cuatro lugares distintos, Medina del Campo, Burgos, Amberes y Alcalá de Henares, el año de 1554. Su aparición significó una revolución literaria, pues por primera vez era protagonista narrativo un hombre de baja condición moral y humilde clase social, sin que por ello fuera tratado ridícula o burlescamente, como pedía la teoría literaria de la época. Frente a los *héroes* aristocráticos, valientes, generosos, enamorados e idealizados de los libros de caballerías y de las novelas sentimentales que le precedieron, hacía su entrada en la historia novelesca el *antihéroe*, de familia envilecida, cobarde, guiado sólo por afanes materiales, lejos de todo idealismo, y movido por el deseo de sobrevivir y medrar. Dicha innovación, unida a la articulación coherente de episodios y a su secuencia temporal, hizo de esta obra la primera novela moderna, la que abrió el camino del *Quijote*

y, por ende, el de la novela actual. Obvio es decir que para la historia de la literatura, en general, y de la española, en particular, es una obra de inmensa importancia.

El *Lazarillo* y la novela picaresca

Su publicación dio lugar a la llamada novela picaresca, la más original aportación española a la narrativa del Siglo de Oro, aunque no lo hizo de manera inmediata, pues hubo que esperar casi cincuenta años, exactamente hasta la impresión del *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, entre 1599 y 1604, para que el nuevo género novelesco fraguara y se consolidara. Porque lo cierto es que sólo cuando Alemán incorpora en su obra los elementos fundamentales del *Lazarillo* nace la novela picaresca –como estudió Fernando Lázaro Carreter–. Autores, editores y público así lo constataron, y el *Lazarillo* alcanzó entonces su mayor difusión, y se reimprimió nueve veces en los cinco años que median entre una parte y otra del *Guzmán*, a la zaga de su tremendo éxito –como vio Claudio Guillén–. Cervantes se refirió por esas fechas, en el *Quijote de 1605*, al «*Lazarillo de Tormes*» y «a todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren» (I, 22), constatando así su carácter fundacional. Nuestra obra, por tanto, aportó buena parte de los elementos definidores de la novela picaresca, pero no todos.

Los rasgos que configuran el diseño constructivo de la novela picaresca están ya definidos en el *Lazarillo*; no sucede lo mismo, en cambio, con los caracteres que defi-

lan la personalidad del pícaro. Comencemos por los primeros:

1. El relato es una autobiografía, y, por tanto, está contado en primera persona por el propio pícaro. Mediante este procedimiento, el autor real pretende dar la impresión de que narra una vida verdadera, pero en realidad es una autobiografía ficticia, una pseudoautobiografía.
2. El antihéroe recuerda su vida desde la situación culminante de ella, cuando cree haber alcanzado una determinada meta, por lo que la novela se cierra ahí, pero la vida no, ya que debe estar vivo para poder escribirla. Ello da lugar, en ocasiones, a segundas e incluso terceras partes de las más conocidas novelas picarescas.
3. La mencionada situación desde la que el pícaro escribe, al final de su autobiografía, es la clave de la novela, dado que en ella se encuentra la perspectiva de escritura, la que preside el recuerdo, da sentido a todos los elementos del relato y dirige el punto de vista de la narración: en nuestra novela es un estado de satisfacción social, el llamado *caso*, pero puede ser cualquier otro, como la conversión final de Guzmán, condenado en las galeras.
4. Ello supone que el personaje central es, a la vez, escritor de sus memorias, y une las funciones de protagonista y narrador.
5. En consecuencia, hay dos temporalidades unidas en el mismo plano de la autobiografía novelesca: la del pícaro narrador, maduro, que escribe *ahora*, en pre-

- sente, su vida, y la del picaruelo que protagonizó *antes*, años atrás, en el pasado, diversas peripecias.
6. La confluencia de protagonista y narrador en el mismo personaje insiste en el punto de vista único que dirige el relato, aunque con la dualidad temporal apuntada.
 7. La autobiografía se organiza, además, como servicio a varios amos y, simultáneamente, como un viaje, con cambios constantes de lugar y tiempo. Ambos rasgos permiten al pícaro conocer personas distintas y juzgar su diferente condición moral y social. Es, por tanto, una estructura que favorece la crítica social y moral.

El nuevo género incorpora un nuevo personaje, el pícaro, cuyos rasgos completan su poética narrativa. Sin embargo, en este caso, los componentes que aporta el *Lazarillo*, aunque fundamentales, no son plenamente definidores, ya que las innovaciones introducidas por el *Guzmán de Alfarache* son las que triunfarán definitivamente y marcarán la trayectoria de la novela picaresca, ya en el siglo XVII.

Veamos, pues, las aportaciones de uno y otro:

1. El pícaro es siempre de origen humilde y vil, de baja e innoble cuna, como le sucede al de Tormes, de padre ladrón y madre poco honesta. Habitualmente, además, su sangre está «manchada», a causa de su herencia judía o morisca. El padre de Lázaro, en concreto, fue a luchar contra los moros, pero el texto no dice exactamente eso, y sugiere, maliciosamente, que tenía sangre árabe, al escribir: «moros, entre los cua-

les fue mi padre». Su madre, para mayor claridad, se amanceba después con un morisco. El progenitor de Guzmán será judío converso e incluso renegará del cristianismo y se hará, durante su cautiverio, musulmán. *La Pícaro Justina* (1605) se burlará de las tres razas y de las tres religiones, puesto que presume de hidalguía castellana, por ser de La Montaña de León –en la época cuna segura de hidalgos–, es de origen hebreo, ya que sus ancestros se remontan a la época de Herodes, y se hace pasar por morisca. El pícaro es, en fin, un *personaje sin honra*, completamente *des-honrado*, a raíz de su abyecta ascendencia.

2. El pícaro se mueve en torno al mundo de la mendicidad, y pide limosna por los caminos y ciudades, llegando incluso a integrarse en alguna cofradía de mendigos organizada, con su capitán, jerarquía, grados y ordenanzas, como le sucede en Roma a Guzmán. Sin llegar a esos extremos, la mendicidad estaba ya en el *Lazarillo*, cuyo héroe pordiosea entre amo y amo, e incluso con el escudero, aparte de que sirve a los tres primeros sólo por la comida –que apenas le dan– y la cama, lo que no es más que una variante de la mendicidad –como apuntó Molho.
3. El hambre es motor de sus acciones, pues los pícaros, desde Lázaro en adelante, sufren una atroz falta de alimentos. No obstante, este rasgo va perdiendo importancia: Guzmán de Alfarache pasa menos hambre que Lázaro, el *Buscón* (1604) de Quevedo menos que Guzmán, y Justina nada.
4. El hambre, decían en la época, aguza el ingenio. Y así les sucede a los pícaros, que se ven obligados a ser in-

geniosos y astutos para sobrevivir, también a partir del *Lazarillo*. Sin embargo, la evolución de la picaresca es, en este caso, contraria a la de nuestra obra, ya que Lázaro, después del tratado V, abandona la vida estrictamente picaresca, al darse cuenta de que no estaba dotado para seguir en ella, porque el buldero le había engañado también a él, y se pone a trabajar de aguador con el capellán. A partir del *Guzmán de Alfarache*, en cambio, los pícaros son cada vez más ingeniosos y ambiciosos, sin trabajar nunca, y menos conforme avanza su vida y su afán de medro.

5. Por eso los pícaros acaban en las proximidades de la delincuencia, e incluso se convierten en delincuentes de altos vuelos, llegando a estafar cantidades de dinero que hoy equivaldrían a varios millones, como hace Guzmán a un mercader de Milán. Ocasionalmente, llegan a matar, como le sucede a Pablos de Segovia, *el Buscón*, que participa en la muerte de un corchete, de un agente de la ley. Nuestro antihéroe salmantino está, pues, muy lejos de sus descendientes, y se mantiene siempre dentro de la ley, sin infringirla nunca.
6. El mundo, el entorno que los rodea, el medio ambiente en que viven es siempre hostil y adverso, para acentuar el carácter de lucha por la vida que tienen estas novelas y explicar la degradación de sus personajes.
7. A partir de *Lázaro de Tormes*, como he dicho, los pícaros son mozos de muchos amos, pero este rasgo también va descendiendo, ya que, frente a los nueve amos de nuestro personaje, Guzmán sirve a cinco, Pablos sólo a uno y Justina a ninguno; porque los

pícaros de verdad, los de la progenie alemaniana, acaban por ser los únicos señores de sus vidas y no servir a nadie, a diferencia de *Lazarillo*.

8. Todos los pícaros desean medrar; todos pretenden ascender en la escala social. Lo consiguen parcialmente, a veces, pero al final, caen y vuelven a su punto de partida, a su origen indigno y bajo.

En fin, el *Lazarillo* crea la novela picaresca, pero no lo hace por sí solo, sino cuando el *Guzmán de Alfarache* se decide a incorporar una serie de elementos nuevos sobre su esquema. No en vano, los lectores del siglo XVII denominaron al protagonista y al libro de Mateo Alemán *el Pícaro* por excelencia.

Ello aparte, los fundamentos del nuevo género están ya en nuestra obra, sobre todo porque la picaresca tiene un mecanismo permanente de análisis y crítica de la realidad española que está presente en el *Lazarillo*. Me refiero al hecho de que los pícaros empiezan su autobiografía hablando muy mal de su ascendencia, de sus padres y abuelos, que son abyectos: ladrones, cornudos y borrachos, ellos; putas, celestinas y brujas, ellas; además de conversos casi todos, con frecuencia. Y al hacerlo así, determinan, condicionan sus vidas, que nacen con una marca de sangre manchada y envilecida, con una suerte de estigma social y moral de indignidad suma que los persigue siempre y anula su libertad. Y, sin embargo, o mejor, precisamente por eso, porque están deshonorados y carecen por completo de honor, intentan después medrar, ascender en la escala social, subir de categoría, para lo cual era imprescindible en la época áurea tener

honra; y muchos de ellos llegan a hacerse pasar por burgueses enriquecidos, como Guzmán, e incluso por nobles o aristócratas, como Pablos de Segovia, en el polo opuesto al de su linaje vil. Lázaro, aunque no llega a tanto, está finalmente muy satisfecho de su ascenso, y así lo dice, jactándose de su honra.

De este modo, las novelas picarescas plantean un problema social muy grave para la sociedad española de los siglos XVI y XVII, pues sus antihéroes dicen tener honra, o la fingen y simulan, o usurpan identidades honradas y se visten como los nobles, etc., haciendo así una burla de la nobleza y una parodia de la honra, dado que son en verdad extremadamente innobles e indignos, lo que no les impide demostrar que hasta un pobre desgraciado de la más baja estofa puede hacerse pasar por aristócrata, aunque sólo sea temporalmente. Así, hacen ver a sus lectores que la nobleza y el honor se basan en cosas muy superficiales, como la mera apariencia externa, el porte o la indumentaria; esto es, en elementos fáciles de fingir para cualquiera, y no en valores auténticos ni permanentes, como debería ser. Las novelas picarescas denuncian así la inconsistencia del código social y moral que rige la sociedad de los siglos XVI y XVII, y tratan siempre sobre las cuestiones medulares de la honra, la herencia de sangre, el linaje y la nobleza, aunque lo hagan desde alternativas diferentes, según la clase social de sus autores. Pero lo cierto es que el esquema literario del *Lazarillo* implica una visión crítica del mundo español que apunta siempre a su centro, a la honra, la herencia de sangre y la posibilidad o no de ascender de clase social en la rígida y jerarquizada España de los Siglos de Oro. Por eso decía

Marcel Bataillon que toda novela picaresca era el elogio de un personaje deshonrado hecho para que lo leyeran personas honradas, porque en tal confrontación se encontraba la clave de su significado.

Autoría y fecha de composición

El *Lazarillo* es una novela anónima porque su autor ocultó expresamente su nombre tras el del pícaro, amparado por el diseño autobiográfico, para evitar problemas previsibles y muy serios con la Iglesia y la Inquisición. De hecho, el Santo Oficio se dio pronto cuenta del carácter agresivo y anticlerical del libro, y lo prohibió en 1559, apenas cinco años después de su publicación. Así, podríamos decir, con Américo Castro, que el anonimato del *Lazarillo* es solidario de su autobiografía, pues uno implica a la otra.

No obstante, dada la importancia de la novela, su anonimia ha originado una búsqueda febril de las huellas de su autor real, que hasta la fecha no ha dado fruto consistente, pese a la calidad y cantidad de los investigadores que se han esforzado por encontrarlo. No sabemos, por tanto, quién escribió el *Lazarillo*, que se ha atribuido, sin éxito, a fray Juan de Ortega –véase Apéndices y Documentos, 3.a–, Diego Hurtado de Mendoza, Juan de Valdés, Alfonso de Valdés, Sebastián de Horozco, Lope de Rueda, y un largo etcétera.

No sabemos en verdad quién escribió esta espléndida obra, pero sí podemos vislumbrar algunos trazos del perfil ideológico, social e incluso vital de su autor, a juz-

gar por la problemática de la novela. Debía de ser, a lo que creo, toledano, o vivir en Toledo, por la familiaridad que muestra con la ciudad y con diferentes lugares del reino de Toledo, como Almorox, Escalona, Maqueda, Torrijos y La Sagra. También, posiblemente, debió de ser clérigo, a causa de las referencias constantes a la liturgia católica y a la Biblia, que demuestran un conocimiento a fondo de estos asuntos. Finalmente, creo que era, al mismo tiempo, un humanista, un intelectual culto y erudito, muy cercano al erasmismo, por el sentido reformista de sus críticas anticlericales, y, probablemente, además, de origen converso, a causa del problema central de la honra. Nada sería de extrañar que fuera un canónigo de la catedral toledana, profesor de la Universidad de Alcalá de Henares, del círculo intelectual de los Plinianos de Toledo, próximo a los Vergara, profesores de Griego en la mencionada Universidad, o a Alvar Gómez de Castro, también docente universitario, y magnífico escritor de epístolas latinas –no olvidemos que el *Lazarillo*, además de una autobiografía, es también una carta–, que contaba entre sus miembros con el conde de Fuensalida y el conde de Orgaz. Si no ando errado, la novela surgió como protesta y como crítica, al calor de la polémica habida entre el cardenal Silíceo o Siliceo y sus canónigos, muchos de los cuales eran conversos, y que dio lugar a los tristemente célebres Estatutos de Limpieza de Sangre. Con todo, ¡quién sabe!

La fecha de composición también ofrece muchos problemas y dudas, ya que las referencias de cronología interna son contradictorias y no aclaran demasiado las cosas.

Lo que podemos decir es lo siguiente: desde que Lázaro dice ser «niño de ocho años», con ocasión de la muerte de su padre «en la de los Gelves», hasta que concluye su autobiografía «el mismo año que nuestro victorioso Emperador en esta insigne cibdad de Toledo entró, y tuvo en ella cortes, y se hicieron grandes regocijos y fiestas», pasan, seguramente, unos 16 o 17 años, por más que el tiempo novelesco no esté precisado en la obra. Pero lo cierto es que «la de los Gelves» debió de ser la ambiciosa expedición militar de 1510, al mando de Don García de Toledo, que pretendía iniciar la conquista de África y fue un desastre total, tristemente famoso por ello, como cree M. J. Asensio, y no la de 1520, como pensaba Bataillon, simple operación de limpieza de piratas. En consecuencia, las cortes de Toledo deben de ser las de 1525, verdaderamente victoriosas y festivas, tras la triunfal batalla de Pavía sobre los franceses, con el propio rey Francisco I de Francia preso en Madrid, que además accedieron a las peticiones económicas de Carlos V; y no las de 1538, tras la paz de Niza, que no suponía éxito alguno para España.

Sin embargo, estas precisiones cronológicas no ocultan que el *Lazarillo* se escribió muy poco antes de su publicación, en torno a 1550, y no hacia 1525, fecha en la que, hipotéticamente, acaba la autobiografía, como podríamos suponer. Posiblemente haya un deseo de alejar en el tiempo la vida del pícaro, para atenuar su carácter marcadamente conflictivo y crítico. De hecho, las últimas palabras de la autobiografía, las que aluden a la entrada en Toledo de «nuestro victorioso emperador», dicen: «como Vuestra Merced habrá oído», aludiendo a algo pasado, que el destinatario de la epístola no vio, por-

que entonces no estaba en Toledo, y ahora sí. El propio Lázaro asegura además, refiriéndose a sí mismo, que, en ese «tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna». *Estaba*, dice, también en pasado, para resaltar la distancia de 25 o 30 años que ha transcurrido entre el final de su autobiografía y el momento en que la escribe, hacia 1550, a lo que creo. El alejamiento temporal pretendía, sin duda, mitigar la dura crítica anticlerical de la novela, distanciándola, dándole la apariencia de ser algo del pasado, una historia ya vieja, para que no pareciera, como era, presente y viva.

Porque lo cierto es que la obra se hace eco de una polémica habida entre fray Domingo de Soto y fray Juan de Robles hacia 1545, en torno a la reforma de la mendicidad, como estudió F. Márquez Villanueva. Más aún, el *Lazarillo* es obligadamente posterior a 1546, año en que el Ayuntamiento de Toledo promulgó una ordenanza que obligaba a salir de la ciudad a todos los pobres foráneos que vivieran en ella, como registra nuestra obra, y verificó A. Redondo. De modo que la novela se escribió muy poco tiempo antes de su publicación, hacia 1550-1551, porque es seguro que hubo un original impreso, y alguna que otra edición, anteriores a las que conservamos, a juzgar por el reciente descubrimiento del texto impreso en Medina del Campo.

La estructura y el «caso»

Nuestra novela se dirige a todos los lectores: «Yo por bien tengo –dice el prólogo– que cosas tan señaladas [...]

vengan a noticia de muchos». Sin embargo, los conduce, ya desde el prólogo, a situarse en el lugar de Vuestra Merced, y así, no sólo a consumir su lectura, sino a ser partícipes de ella, en la misma medida en que lo es el destinatario concreto de la epístola autobiográfica. Una vez dirigidos los lectores hacia la adopción del punto de vista de Vuestra Merced, la novela alcanza toda su riqueza significativa, como veremos.

El *Lazarillo* es una autobiografía y una carta, dado que es la respuesta epistolar a una petición previa, asimismo en forma de carta, que le han hecho a Lázaro de Tormes. Por eso dice en el prólogo: «y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, pareciome no tomalle por el medio sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona». Esto nos plantea tres preguntas: ¿qué es el caso?, ¿quién es Vuestra Merced? y ¿cómo entiende Lázaro la solicitud?

El *caso* se menciona expresamente al final, en el tratado VII, cuando el pícaro dice «hasta el día de hoy nunca nadie nos oyó sobre el *caso*», y se refiere, en consecuencia, a la peculiar relación sexual compartida amistosamente que existe entre Lázaro, su mujer y el arcipreste de San Salvador, dado que es obvio que su mujer, antigua barragana del sacerdote, que ya antes de casarse con el antihéroe «había parido tres veces», sigue haciendo y «deshaciendo» la cama del clérigo, pese a su matrimonio, o mejor, amparada de murmuraciones por él. Ésta es la situación, lo que Rico llamó *ménage à trois*, complacientemente aceptada por el marido.

Sin embargo, lo que podía llamar la atención de alguien en el Toledo de mediados del siglo XVI no era que

un clérigo hubiera casado a su manceba con un pobre desgraciado para seguir acostándose con ella, ya que esa situación era muy común, tanto, que hasta las Cortes se vieron obligadas a intervenir («Declaramos que ninguna mujer casada pueda decirse manceba de clérigo, fraile ni casado, salvo seyendo soltera. [...] Y porque se dice que algunos casados consienten y dan lugar a que sus mujeres estén públicamente en aquel pecado con clérigos [...]», Pragmática de Sevilla, 1491; véase, además, tratado VII, n. 10, y Apéndices y Documentos 2:6) y 7), y Andrea Navagero, el embajador de Venecia, decía en una carta de su *Viaje por España* que «los amos de Toledo y de las mujeres *precipue* son los clérigos». Eso, por tanto, no sorprendía a nadie. Eso, por sí solo, no constituye el caso. El *caso*, lo que deja pasmado a Vuestra Merced y atrae su interés, es que, a pesar de sus cuernos y de su deshonor, evidentes para todos, Lázaro de Tormes sostiene, jura y perjura que tiene honra y que la suya «es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo». Eso es lo extraño, lo admirable: que el pícaro siga insistiendo en su honra. Tal es el caso que le piden que cuente. Y más porque Lázaro dice que se encuentra en ese mismo momento «en la cumbre de toda buena fortuna», en el mejor estado y más satisfactorio posible para él.

De Vuestra Merced apenas sabemos nada, y únicamente por conjeturas podemos suponer que se trata de alguien de superior categoría social y moral, de algún noble, quizá, aunque no lo creo, pues me parece más probable que se trate de un clérigo destacado de la catedral toledana, de un canónigo, deán, magistral o algo seme-

jante, por el contexto de la obra. En cualquier caso, es de superior jerarquía al arcipreste de San Salvador, ya que el texto dice claramente, en el tratado VII, «el señor arcipreste de San Salvador, mi señor, y *servidor* y amigo de Vuestra Merced».

Nuestro héroe, por su parte, toma una decisión importante, ya que sabe muy bien qué le han pedido que cuente y qué le interesa a su demandante: únicamente el caso extraño de honra que sucede al final de su vida. Sin embargo, decide no relatar sólo el caso —«no tomalle del medio sino del principio»—, sino también toda su vida, «porque se tenga entera noticia de mi persona»; esto es, porque él cree que el caso está íntimamente relacionado con el discurso completo de su existencia. Y al interpretarlo y hacerlo así, Lázaro adopta un punto de vista diferente al de Vuestra Merced, con lo cual, en la estructura de la obra, hay dos interpretaciones diferentes del caso, la del protagonista-narrador y la de Vuestra Merced, pues una cosa es lo que le preocupa a éste y otra lo que le interesa a Lázaro, por más que los dos confluyan en el mismo punto.

En verdad, por tanto, hay dos casos, y no uno solo, ya que hay dos puntos de vista diferentes sobre él; y ambos actuando decisivamente en la novela, pues Lázaro hace constantes referencias en su carta autobiográfica a Vuestra Merced, destinatario de ella, a quien pretende convencer de su ascenso social y de «cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos» (tratado I), pues el propósito que le guía para narrar toda su vida, unido al caso, que forma parte de él para Lázaro, pero no para Vuestra Merced, es: «y también porque consideren los que heredaron nobles

estados cuán poco se les debe, pues fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto». Dos casos, en fin, dos maneras diferentes de interpretarlo, confluyen en esta genial novela anónima.

De ahí la forma epistolar, para que estén presentes los dos puntos de vista, por más que uno sea mudo, el del interlocutor, el del destinatario, ya que, pese a su mudez, tiene un significado fundamental, y actúa y está presente y vivo, en virtud del procedimiento, como contraste del punto de vista de Lázaro, del narrador. No olvidemos que, como decía el padre Sarmiento, «la retórica no está en el que habla, sino en el que escucha».

Vuestra Merced, sea quien fuere, es un individuo con honra que representa, en cualquier caso, el concepto habitual del honor en la época, y no entiende la deformación invertida a que lo somete Lázaro; para éste, en cambio, dicha inversión de la honra tiene una explicación clara, que se encuentra en el transcurso de toda su vida. De este modo, el pícaro somete su autobiografía y su punto de vista a otro muy distinto, que debe juzgarlo, aceptarlo o rechazarlo, y constituye, en consecuencia, la clave interpretativa de la novela.

Este punto de vista normal sobre el honor no se sitúa en el mismo plano social que el de Lázaro, ya que su categoría y su jerarquía son evidentemente superiores a las del antihéroe. Ello quiere decir que la autobiografía no se dirige, como carta, a los de la misma clase social y moral que Lázaro de Tormes, sino a los de clase superior, a los que de verdad tienen honra, directamente implicados por la afirmación final que el pícaro hace de la suya, equivocada

y erróneamente. Así, en virtud de un esquema novelesco genial, la perspectiva de escritura de Lázaro va de abajo a arriba, en términos sociales y temáticos, mientras que la perspectiva de lectura, al contrario, va de arriba a abajo. El choque interpretativo, por ende, es total, y difícilmente los lectores aceptarían lo que sostiene el pícaro. Porque el lector habitual del siglo XVI –aparte de que lo más lógico es que fuera honrado, o se moviera en el entorno de la honra, en cualquier caso, porque los demás no sabían leer–, se ve obligado a situarse en la perspectiva de Vuestra Merced, por obra del magistral diseño novelesco de la obra, y así, a replicar y enfrentarse dialécticamente con el punto de vista de Lázaro. De este choque, de esta interacción surge la interpretación de la novela. Pero no adelantemos acontecimientos, y veamos antes

La composición novelesca

No hay duda del bloque morfológico y temático que forman los tres primeros tratados de la obra, configurado mediante una sabia utilización de gradaciones y paralelismo internos. Lázaro ve cómo descienden gradualmente los alimentos y pasa cada vez más hambre: con el ciego come algo, sirviéndose de su ingenio; con el clérigo de Maqueda sufre mucho más y llega al extremo de ingerir unas migajas que va arañando, como si fuera un ratón, de los panecillos del arca; esta situación extremada, casi inverosímil, da genial acceso al tratado del escudero, al tercero, y con él a la falta absoluta de víveres que hay en la casa del hidalgo.